

Ante la crisis

Urge un Plan Estratégico para las Artes Escénicas

Por Manuel F. Vieites

A la atención de Yolanda Díaz, Ministra de Trabajo

Estimada Ministra:

Hace meses se instaló en mi barrio, y le hablo de Coia, en Vigo, una compañía de nuevo circo. Hace años que viene haciéndolo con notable éxito de público, muy especialmente entre la gente más joven, a la que es habitual escuchar demandando a la madre, a la abuela, al padre, a la hermana mayor, o a quienquiera que sea que la lleva de la mano, una visita inmediata a ese mundo mágico que les espera allende el umbral que conduce a la escena. Hace días que se inició el desmonte acelerado del tabanque multicolor, y mientras escribo estos renglones los camiones van abandonando el lugar con una marcha lenta, casi fúnebre. La escena se esfumó, y con ella esos minutos de magia en el mirar de todas esas personas, huérfanas de escena.

Esa operación de cierre inesperado de campaña es la que se está viviendo en toda España y por colectivos muy diversos, y entre ellos los que conforman los profesionales de las artes escénicas, y son muchos, y muchas sus gentes. La actriz a punto de iniciar los ensayos de ese espectáculo que por fin ha llegado, la autora que estaba a punto de estrenar después de varias obras rechazadas, la escenógrafa ilusionada con vestir la escena con su última propuesta para ese nuevo espectáculo, la directora que con enorme mimo y rigor había estado elaborando el cuaderno del último montaje, la dramaturgista que estaba a punto de terminar esa versión de ese clásico que causaría sorpresa, la productora que había pedido un crédito para embarcarse en esa aventura que estaba segura sería un rotundo éxito, la técnica de luces que se estrenaba en la gira de una nueva compañía, la alumna de último curso de interpretación en esta o aquella Escuela Superior de Arte Dramático que preparaba un trabajo fin de estudios para acabar la carrera y empezar a comerse el mundo a bocados... Y las digo en femenino porque la crisis también tiene género, y esta se cebará especialmente en el femenino si no le ponemos remedio.

La sensación, terrible, de estar ante un abismo en el que no hay puente, ni otro medio, para alcanzar la otra orilla, pues tampoco cabe desandar lo andado (y menos en teatro), es común a la inmensa mayoría de las personas que dan vida y sentido al sector escénico. Es como si aquella frase de los setenta, “No future!”, por fin se tornase realidad, cruda y dura. Y ahora ya no sirve ni la épica, ni el postureo, ni la lírica, ni la estética que cabía mantener en tiempos de precaria bohemia. Si antes había poco, ahora

ya no hay nada, nada de nada, y hay que vivir, hay que comer, hay que pagar las facturas y vestir a los críos, y hacerlo además en un país paralizado, en el que la posibilidad de buscar un apañío en lo que sea ya no existe. Esa es la realidad, cruda y dura, brutal.

En circunstancias similares a la que nos encontraremos cuanto esto pase, y queramos recuperar el pulso, se encontraron las gentes del teatro de los Estados Unidos de América en los primeros años treinta, cuando la Gran Depresión que estalla en 1929 elevó la tasa de paro por encima del veinte por ciento, lo que causó estragos en el campo de la creación y la difusión teatral, especialmente en la escena menos comercial. Será Franklin Delano Roosevelt, presidente demócrata, quien impulse una política de intervención federal en inversión pública para la defensa del empleo y para la recuperación económica, que se conoce como New Deal y que se extenderá entre 1933 y 1936. Entre las muchas iniciativas del programa está la que se conoció como Work Progress Administration, que entre otras líneas de acción estableció la que preveía pagar un salario mensual a un trabajador para que realizase la actividad para la que estaba cualificado ante la extrema escasez de puestos de trabajo, pero también para mantener y poner en valor el capital humano. En España, como usted bien sabe, hay mucho, y muy bueno.

En esa línea de promoción del empleo, y en el campo de las artes escénicas, hay que situar el Federal Theatre Project, que se pone en marcha en 1935 con Hallie Flanagan al frente. Una iniciativa que pareciera impropia en un país en el que prima el liberalismo económico, pero que en aquellos momentos se consideró muy necesaria para mantener lo que se estimaba como sector estratégico para la idea de país y de nación que tenía en mente una parte de la clase dirigente de país: las artes escénicas. Pero el apoyo económico al sector teatral no implicaba el pago de un subsidio de paro a la multitud de trabajadores y trabajadoras desempleados, sino un salario real para trabajar y recuperar la actividad escénica, también para el público espectador. La visión de Hallie Flanagan fue, en esa dirección, primordial, y con ella nacía uno de los primeros programas de democratización cultural del universo mundo, que se inspiraba, todo hay que decirlo, en algunas propuestas publicadas años atrás por Percy MacKaye, que a su vez en algo inspiraron el Octubre Teatral, a través de algunos escritos de Platon Mikhailovich Kerzhentsev, exiliado en su día en Nueva York.

No olvidemos que en 1914, Andrew Carnegie, el temible y terrible patrón de la industria del acero de Pittsburg, impulsaba la creación de la School of Drama en lo que ya entonces era College of Fine Arts y hoy en la Carnegie Mellon University. Pensaba, como otros importantes mecenas que lo fueron al final de sus días, que el desarrollo de las artes como sector estratégico del país demandaba profesionales debidamente cualificados. Se podrán discutir motivos, andanzas y deudas de tales empeños, que de todo hay y mucho, pero seguramente tras el debate concluiremos que en ese y en otros

países las artes escénicas configuran un sector estratégico importante en el desarrollo sociocultural, económico y político del país, y que un sector de la clase política defiende sin titubeos.

Por eso, por curioso que pueda resultar, no debe sorprender que el mismísimo Donald Trump acabe por abrazar a medias la doctrina keynesiana (también con sus luces y sombras) en momentos tan dramáticos para su país, como también lo hiciera George W. Bush, cuando la crisis del 2008 desató un pánico similar. Bien es cierto que entre aquellas propuestas de Roosevelt, y estas de Bush y Trump, o las del mismísimo Nixon, hay diferencias notables, pues las de estos tres últimos se asientan en el principio de mantener lejos al Estado mientras no se lo precise para evitar la quiebra. Así pasó en España, como bien recordará, no hace tanto, cuando liberales hechos y derechos, o de tres al cuarto, reclamaban una intervención que en la bonanza habían condenado.

Pero esa idea del gasto público para recuperar sectores estratégicos, como se hizo con la banca, se ha de aplicar también a otros sectores especialmente relevantes, y no hablo de fútbol por cierto, sino de cultura, y de artes escénicas. Y se ha de hacer atendiendo además a dos líneas de trabajo complementarias.

La primera, inmediata, está orientada a generar ayudas para que el sector teatral no colapse. Se trata de un sector en el que muchas de las personas que lo habitan son “emprendedores” de verdad, y en tantos y tantos casos trabajan por cuenta y a cuenta propia. En un momento en que los teatros, auditorios, centros culturales y otros espacios escénicos están cerrados, y con tanta contratación cancelada, y en que no resulta posible realizar actividad alguna, ni siquiera preparar nuevos montajes, bueno sería que el Gobierno estableciese medidas de apoyo a toda esa marea humana, atendiéndola en toda su diversidad. Las iniciativas que se están elaborando desde el propio sector, y en las que participa la ADE, deben ser escuchadas y atendidas, y le invito a que las escuche porque esas gentes son una parte muy importante de nuestra verdadera riqueza. Y habría muchas otras cosas de las que hablar, como su régimen laboral, que convierte a la mayoría en “lumpen”, con perdón.

La segunda debiera estar orientada a desarrollar un modelo de política teatral que permita el pleno desarrollo del sector, y que, como hemos dicho en tantas ocasiones, permita la plena convergencia con Europa, donde existen ejemplos muy diversos que demuestran que otra forma de hacer las cosas es posible, y hablo de Alemania, por citar uno. Un modelo que acabe con la precariedad y la inestabilidad endémicas que venimos padeciendo desde hace tanto y en todos cuantos ámbitos queramos considerar, desde el ejercicio del arte de la actriz, al desempeño en el diseño escénico. Una línea que, en sintonía con lo que proponía Hallie Flanagan hace noventa años, permita dar sentido pleno a vocablos como profesión, profesionalización o profesionalidad. Y lo proponía además con una enorme convicción para defenderse de las muchas críticas de quienes entendían que el teatro no dejaba de ser otro negocio más, y que al final acabarían por

echar el telón a una de las experiencias más innovadoras de política teatral en todo el siglo XX, que en todos los países hay extrema derecha extrema. Porque si John Dewey establecía una relación necesaria entre educación y democracia, lo mismo hará Hallie en su visión del teatro como instrumento de transformación democrática, en lo individual y en lo colectivo.

En aquel programa desarrollado por la Works Progress Administration y en el Federal Theatre Project, tenemos ejemplos sobrados para desarrollar esas dos líneas de trabajo que proponemos y que se debieran concretar en un Plan Estratégico a tres o cuatro años que permita una acción integral de recuperación y revitalización del sistema teatral, también para reactivar todos los públicos posibles, otra tarea que habrá que asumir con inteligencia, convicción y tesón. Defendemos, entonces, un Plan Estratégico como el contenido en el documento “44 medidas para la gobernación de los teatros en España”, que la ADE hacía público hace unos años, también como antesala de una Ley del Teatro, o de las Artes Escénicas, que seguimos y seguiremos demandando.

Ahí están, entonces y de momento, nuestras “44 medidas”, a disposición de quien las quiera considerar, y aquí estamos en la ADE, querida ministra, para colaborar en lo que proceda, porque los trabajadores y trabajadoras de las artes escénicas también existen y desarrollan una actividad fundamental en el progreso de las naciones, como dijera en su día Federico García Lorca.

Un ámbito que también debiera ser prioritario en el Ministerio de Trabajo, querida Ministra, y más desde una acción conjunta con el Ministerio de Cultura, y con las Comunidades Autónomas, que sea transversal en lo administrativo y en lo geográfico. Confío en que considere cuanto aquí se propone, al menos en lo que atañe a sus competencias. Saludos cordiales y salud.

Marzo 2020